

ANTERIOR AL MUNDO DE AQUÍ

Extracto del Calendario bíblico – mes de Iyyar

Iyyar 1-10-10-200 es el segundo mes en la cuenta de los meses. En la Biblia es llamado *Siv*, 7-10-6. *Siv* significa *irradiación, resplandor, luz, brillo*. Se puede ver el nombre de *Iyyar* como la unión de *iy* y *yar*, puesto que se escribe con dos *yod-10*.

Pero *iy* es una negación que significa “nada”, “no”, “por si acaso”. Si se junta con otra palabra significa siempre lo imposible. Vemos, por ejemplo, ese *iy* en las palabras “imposible”, “desigual”, “desobediente”, “desconfianza”, “malentendido”, “incomprensivo”.

La segunda parte de la palabra, *yar*, es la raíz de las palabras “arrojar”, “lanzar”, “temer”. ¿Cómo puede ser que el nombre de un mes en la Biblia, en la santidad, en el mundo pueda tener semejante nombre? Quizás, porque en todo “segundo”, está incluido ese otro lado enteramente diferente. ¿No es la esencia del segundo ser contrario al anterior, al primero? Vemos pues que el segundo mes tiene esa paradoja, esa dualidad ya en sí.

En la Biblia, en la santidad, la dualidad es algo muy distinto que en el mundo profano, en la vida del tiempo que fluye. Por ejemplo, en la palabra “cielo”, *shamayim*, vemos ya por el nombre que la dualidad está abolida, aunque el contraste permanece. En el matrimonio, la dualidad hombre/mujer está suspendida; eso justamente es la santidad del matrimonio. Así, el segundo mes de la Biblia se llama *resplandor, luz*, y en el mundo temporal es un *no*, que conoce el pánico de ser arrojado. Con este segundo mes se asoma un secreto curioso al mundo de la manifestación.

El segundo mes está bajo el signo de *shor*, toro, Tauro. Y desde una visión bíblica se sabe que ese toro está en una posición determinante en el cielo en la creación. Está de tal forma que parte de él, concretamente una tercera parte, es anterior a la creación, porque esa es la imagen del cielo cuando sucede la creación. En números redondos podemos imaginarnoslo así: estamos ahora en el año 1984 (año 5745 bíblico), es decir 5.745 años bíblicos desde la creación. El signo Acuario acaba de comenzar, y cada signo está aproximadamente 2.150 años en una posición determinante en el cielo. Significa que los signos anteriores, Piscis y Aries, 4.300 años en total, dejan solo unos 1.400 años para el signo de Tauro. Quiere decir que un tercio del signo Tauro está oculto, de alguna forma, en algún lugar anterior a la creación.

Aquí vemos ya una correspondencia con esta dualidad. Una tercera parte de Tauro está oculta. Es la parte anterior a la creación, mientras que dos terceras partes, lo manifiesto, son el presente. El toro tiene pues un lado del todo inaccesible para nosotros.

El mismo *no decidido* deberíamos decirlo al mundo, porque es imposible de comprender. Nos encontramos en el estado de haber sido arrojados, tirados, en un estado de pánico permanente. Esa es la verdad si estamos frente al mundo sin ninguna otra comunicación. Tal mundo, tal vida parece imposible.

Existe también el toro que *causa estragos*, el toro peligroso, del que habla la Biblia en varias ocasiones, la primera vez en Éxodo 21,28. Cada daño producido por “casualidad” cae bajo la denominación del toro que causa estragos. Estos daños, *nesikim*, tienen la misma raíz que la palabra *masikim*, que designa a espíritus malignos, perjudiciales. Muestra que el mundo contiene algo pavoroso, inaccesible; justamente ese *shor*, ese toro. Se muestra hasta en el campo, en la plaza, en la arena. El toro puede ser bueno, es decir útil, pero tiene características incontrolables que pueden estallar en cualquier momento.

No obstante, necesitamos al toro –peligroso o no– para fertilizar a las vacas. *Vaca y fertilidad*, es la misma palabra hebrea en su raíz. Necesitamos ese elemento incomprensible, pavoroso, para poder vivir en el mundo. Contiene la semilla para todo crecimiento. No es por casualidad que la vaca se llame *pará*, el ternero *par*, el fruto *pri*, y el rey del mundo de la dualidad *Paró*, Faraón.

El nombre *Mizraim*, Egipto, muestra la dualidad en su terminación *aim*. Mizraim es el segundo hijo de Jam. En Mizraim, el toro es un dios, significa que es un diseño decisivo del mundo, de la vida. Mizraim vive de ese hecho, de esa dualidad, estando la unidad oculta y la dualidad manifiesta. Para nosotros se trata de la relación con esa unidad oculta, con esa tercera parte anterior. Porque de allí sale toda intervención de esos elementos dañinos. ¿No vivimos muchas veces el mundo igual que Mizraim? Una y otra vez queremos instalarnos cómodamente, construirlo de buena forma y no entendemos esas fuerzas molestas, esos dictadores obsesionados, esas tonterías políticas. O esa humanidad tan curiosa, a veces incluso cómica. Podría contestarse que bueno, eso es *shor*, el toro, ese es el mes de Iyyar.

Pero bíblicamente se le llama *Siv*; en la eternidad, en la santidad se le llama *esplendor, brillo y gloria*. Que este mes tenga dos nombres dice ya mucho sobre las diferencias en cuanto a la comprensión del sentido de la vida. Porque depende desde qué lado estemos mirando. Mucho quedará incomprendido si solo miramos desde el lado mundano de Iyyar.

Está escrito además que este segundo mes está bajo el signo del segundo hijo de Jacob, Shimon.

En el sentido de las palabras anteriores, hay muchas comunicaciones sobre ese carácter dual del mes de Iyyar. Por ejemplo, también contiene la dualidad calor/frío. No solo en lo físico, también en cuanto a las emociones de las personas, en las que se usan las mismas palabras. Se trata de la capacidad de entusiasmo. ¿Para qué la utilizamos? Algunos para bien, otros para mal. Algunos prefieren la dulzura, la modestia, otros el arranque, el conflicto, la adicción; en definitiva: en todas partes está la dualidad.

Los dos arcángeles Micael y Gabriel están al lado del mes Iyyar. Y la pregunta es ¿Para qué? ¿Para quién? La Biblia conoce también la oposición entre las cosas que queremos, que debemos hacer, y las que no queremos, no debemos hacer. Se trata de la diferencia

entre las 248 *mitsvot asé*, las ordenanzas positivas y las 365 *mitsvot lo taasé*, que no debemos hacer.

Las cantidades indicadas son arbitrarias. Solo con mucho esfuerzo podríamos llegar a una relación que tenga sentido. Pero no se trata de un recuento superfluo. Se trata del secreto, del lado oculto, de que sepamos que hay una dualidad. Porque lo oculto está tanto en aquello que debemos hacer como en aquello que no debemos hacer. ¿Por qué debo respirar? ¿Por qué no puede suceder por el espíritu? ¿Por qué debo dormir? Es una lástima por el tiempo perdido. ¿Por qué no puedo comer lo que me apetece? ¿Por qué aquí no se comen las moscas? Quisiera hacer todo aquello que me gusta. ¿Y por qué la naturaleza no lo permite? ¿Por qué existen plantas venenosas, bichos, toda clase de virus? ¿Por qué un cuerpo no sigue siendo hermoso?

Hay tantas preguntas. Y la pregunta básica: ¿para qué puede ser buena la muerte o toda injusticia aquí?

También el cuerpo humano, por razones que vienen del más allá, está dividido en 248 partes de osamenta y en 365 partes de musculatura, es decir, de partes blandas de más rápida descomposición. Se puede intentar comprobarlo en la anatomía, con mucho esfuerzo, muchas construcciones e inexactitudes y, aun así, el resultado será insatisfactorio. Sin embargo es impresionante que se pueda expresar aquello que se debe y que no se debe hacer en la misma relación, mostrando así que el cuerpo tiene que ver con el comportamiento. Quien comience ahora a contar las partes, se comportará tan torpemente como el que use los días y los años bíblicos como medida para el tiempo que fluye.

Pero entonces ¿por qué actuamos? No lo sé. Podría intentar explicar ciertos puntos, pero pronto tendría que decir que es tontería, giramos en círculo. Solo queda aceptar los hechos. Lo mismo vale para la pregunta ¿Por qué no debo o no puedo hacer ciertas cosas? Me gustan tanto. Hasta cierto punto puede imaginarse por qué no debe hacerse. Pero llega un momento en que hay que abandonar.

En la *halajá*, el camino judío derivado de la Biblia, se conocen los 248 mandamientos positivos y los 365 negativos. La razón puede, en parte, comprenderlos, pero algunos opinan que, en realidad, no se entiende nada de nada. Y no estoy hablando de mandamientos que no son entendibles del todo. Pero se conoce la presencia del toro al principio de la creación y anterior a la creación. Solo puede aceptarse como tal.

La primera letra del alfabeto hebreo es la *álef*, que significa “cabeza”, y en este caso, “cabeza de toro”. Es decir, la cabeza de nuestro toro de aquí, de *lyyar*. Y la letra *álef* es dual en su dibujo, se compone de dos letras *yod-10*, una enfrente de la otra. Es la letra más pequeña, el comienzo de todas las letras del alfabeto. La que está arriba a la derecha es la *yod* que señala al cielo, la otra abajo a la izquierda, a la tierra. Y en medio está la *vav-6*, la letra del ser humano, la unión.

Es decir, siempre que queremos explicar algo de forma terrenal, lo otro, esa esencia inaccesible, está enfrente. Molesta, causa enfado y terrible irritación. Siempre aparecen

esas ocultaciones, ese toro que está, pero que tiene sus raíces en un lugar anterior a la creación. ¿Significa acaso que la llave de la creación está más allá, en aquellas regiones ocultas? Sí, si conocemos la vida de aquí solo desde una perspectiva terrenal. Pero si sabemos de nuestro Yo más íntimo, más oculto, como proviniendo también de esas ocultaciones, entonces tenemos la llave dentro, en nuestra vida. Entonces esa región oculta es nuestro Yo más profundo, nuestro Yo verdadero, nuestro hogar.

Es el tiempo ahora de ocuparnos más en detalle de Shimon, el segundo hijo de Jacob. Porque también de Shimon se conoce esa curiosa dualidad. Fue él quien con su hermano menor Leví, tercer hijo de Jacob, salió para eliminar a *Shekem*, Siquén. (Génesis 34). La causa de esta matanza fue la violación de su hermana Diná por Siquén. El padre, Jacob, quedó horrorizado al escuchar la noticia. El ánimo encendido de Shimon y de Leví, aquí, es destructivo. El otro lado, el lado de la dulzura, de la suavidad no ha podido entrar en acción.

También según la tradición en el caso de la venta de José, el acaloramiento emocional de Shimon jugó un papel decisivo. Por esta razón, más tarde, cuando ya era soberano de Egipto, José retuvo a Shimon como prisionero. Cuando mandó a los demás hermanos a casa, para que Benjamín acompañara en la próxima bajada a Mizraim. (Génesis 42,24). Y de nuevo, en el caso de Baal Peor, Shimon jugó un papel muy acalorado emocionalmente (Números 25,1-18). Pero llegó Pinjas, hijo de Eleasar, hijo de Aarón de la tribu de Levi. *Y fue tras el varón de Israel a la tienda, y alancéalos a ambos, al varón de Israel (Zimrí de la tribu de Shimon) y a la mujer por su vientre. Y cesó la mortandad de los hijos de Israel.*

A partir de este hecho, la cólera es también una seña del sacerdote, todos hijos de Aarón. Aquí el ánimo encendido es correcto, en el caso de Siquén va demasiado lejos, en el caso de José no tiene ni justificación. Siempre se trata de aplicar la medida correcta, la mezcla adecuada entre el calor y el frío, entre la santidad y lo profano.

En la bendición de sus hijos, Jacob habla de Shimon y de Leví en sentido negativo (Génesis 49,5-7). *Armas de iniquidad sus armas. En su secreto no entre mi alma, ni mi honra se junte en su compañía, que en su furor mataron varón, y en su voluntad arrancaron muro.* Es decir, desarraigaron el toro. Jacob maldice su furor, tan fiero y su ira, que fue tan dura. Y termina diciendo: *Yo los apartaré en Jacob, y los esparciré en Israel.*

Se interpretan estas palabras en el sentido de que, a partir de ese momento, esa cólera y esa irrupción del secreto, esa intervención abrupta de los aspectos ocultos del toro, no pueden ya tener lugar de forma concentrada. A partir de ahora serán esparcidos, distribuidos, sobre todos los doce hijos de Jacob, sobre los doce signos zodiacales.

Por ello, ni Shimon ni Leví tienen una herencia firme en Israel, en el Israel bíblico. Leví es destinado al servicio a Dios. Allí, la emoción es necesaria, el entusiasmo encendido y el valor para andar el camino, obviando los obstáculos que puedan surgir. Leví es el tercer hijo, y en el tercer mes, mes de Siván, recibe su destino. Siván es el mes de la revelación de la palabra de Dios en el Sinaí, y la elección de la tribu de Leví para el servicio

de Dios, con Moisés y Aarón, con los sacerdotes y levitas. Su esfera de acción incluye a todo Israel, a todo el mundo. Ya no hay ninguna concentración en esta vida. En este mundo, Leví no tiene herencia firme, solo al final de los días, en el mundo venidero, recibirán tanto Leví como Shimon un lugar firme en la vida del mundo de aquí (Ezequiel 48).

También Shimon se distribuye, se esparce. De Shimon se dice que es el “maestro de los niños” en este mundo. El maestro del niño en el ser humano. Toda persona que es capaz de convertirse en niño, tiene a Shimon como su maestro. Entendámoslo bien: su entusiasmo, su espontaneidad es el alimento verdadero para esa parte central del ser humano. El mundo, sin embargo, quiere un niño inteligente, de reflexión fría y calculada, cuidadoso, que no vaya demasiado lejos y no se comprometa demasiado. Shimon sin embargo le enseña a cantar y bailar, a jugar, y se alegra de sus muestras espontáneas de amor y cariño.

Está escrito pues que Shimon pasa por el país de todos los hijos de Jacob y les da a los niños su calor, su entusiasmo y su ánimo encendido. ¡Y cuantas veces lo necesitamos para no convertirnos en hielo!

Allí donde se ha creído que la bendición de Jacob era una maldición, se ve ahora la bondad de aquellas palabras. No es bueno que ese segundo pueda desplegarse aquí plenamente, sin límites. Es mejor que no tenga lugar firme aquí, debe de comunicar su calor a todos, y ante todo a los niños. Y es igual con el mes de Iyyar, del segundo mes. No es por nada que está bajo el signo del toro y de Shimon.

Pero es verdad que las cosas ocultas irritan. Queremos saber por qué son. Como Shimon quiere saber por qué esa elección incomprensible de José. José le molesta. Y que Siquén haya violado a su hermana, le enfada hasta la desesperación; su hermana, la santa hija de Jacob, de Israel.

¿Cómo podría saber, como la tradición cuenta, que una hija de esta Diná, –Osnat, hija de Potifera, sacerdote de On– se convertiría en esposa de José, de ese José que Shimon nunca ha podido comprender? ¿Y que ese mismo José se convirtiera en soberano de Egipto, padre de Efraín y Manasés? ¡Todo por la violación de Siquén! ¿No es para volverse loco?

Pero justamente ese es el secreto del mundo, el secreto del toro, de *álef*. La letra *álef* es visible en este mundo, se manifiesta aquí, pero no es de este mundo. Su esencia principal, ese primer tercio, es de otro mundo, es anterior a este mundo. Por ello es imposible entender las cosas a las claras aquí. Y si pensamos que sí las hemos comprendido, estaremos del todo equivocados.

Si pensamos que comprendemos las palabras de la Torá, entonces justamente corremos el peligro de malentenderlas. De volvernos fanáticos, en pro o en contra. Por lo tanto, es bueno saber que el mes de Iyyar, en la Biblia, es llamado *Siv, hermosura, brillo, magnificencia*.

Hablamos de la creación del mundo. Recordemos: es *magnificencia*, porque tiene sus raíces, su hogar, en la eternidad. Y todo aquello que tiene sus raíces allí, en la eternidad, causa disgusto aquí. Que fácilmente se convierte en rabia y puede ser mortal. ¿Por qué, si no, siempre esas matanzas de niños? ¿No tiene el niño también sus raíces en el otro mundo? Por esta razón muchos no los aguantan.

No quieren niños, no quieren ningún futuro que no sea una construcción lógica. No quieren ningún mundo que no pueda ser abordado legalmente.

Es verdad, el toro puede ser peligroso. Su dueño es responsable de él; significa que *nosotros* somos los responsables. No debemos dejarlo sin vigilancia. No debemos permitir que determine nuestro comportamiento. Porque conlleva el secreto del más allá. El toro, Apis, es un dios en Mizraim. Puede soltarse y matar. Y entonces seremos responsables. También y ante todo, de nuestra propia vida.

Es bueno por lo tanto, que Shimon se haya convertido en maestro de niños. Aquel del ánimo encendido enseña al niño. El lado espontáneo del niño debe alimentarse del entusiasmo feliz. Convertíos en niños. Aquel que tiene mucha experiencia, el adulto, puede ser peligroso, puede ser un fanático que, en su adicción, asesina, tortura y quema.

Por tanto, nuestras raíces están con el toro. Pensemos, sin embargo, que anterior al toro es el cordero, Dios, el amor de Dios, la eternidad de Dios. No comienza allí donde suponemos el principio. Y tampoco termina donde calculamos o pensamos el final. Lo que ciertamente es coincidente.

Son algunas reflexiones sobre el mes de Iyyar. Sobre su nombre, el signo astrológico Tauro y sobre Shimon, cuya vida y Ser están conectados con Iyyar. Creo que son datos importantes, hay que oírlos y sería bueno si pudiésemos recordarlos.

Ahora quisiera hablar de los acontecimientos decisivos de este mes. Solo después podré ocuparme de los días del mes, día por día. Solo entonces lo que cuente tendrá sus raíces en el campo de ese Iyyar, de ese Siv.

En *Bnei Isacar*, una obra jasídica conocida, está escrito que el mes de Iyyar es beneficioso para la curación. Esta indicación figura ya en otros escritos anteriores. Se basa esta opinión en el carácter dual de Iyyar. Porque, igual que toda construcción sólida descansa sobre dos pilares, así también la salud corporal está sobre el fundamento del espíritu y del cuerpo. Es la dualidad del toro, de su lado oculto y visible. Si el lado oculto no se toma en consideración, el lado manifiesto no puede ir bien. El lado oculto, es decir el lado eterno, tiene mucha influencia sobre el comportamiento del ser humano en la vida temporal. Las enfermedades de Mizraim, que surgen de la unilateralidad, no afectan a personas en cuya esencia Israel, es decir, el lado eterno, es determinante. *Ki aní Hashem roféja. Porque Yo, el Señor, soy tu sanador.* (Éxodo 15,26). Dios protege el camino del ser humano y esa protección incluye su cuerpo. El camino de Dios es la columna invisible en el más allá. Mediante esta columna se crea la columna visible, es decir, el cuerpo.

La influencia sobre el cuerpo físico sale del camino al que guían el espíritu y el alma. Y puesto que Iyyar está bajo la seña de la dualidad, la curación es favorecida. Por supuesto, solo si el ser humano vive ese Iyyar, si siente que es algo tan cercano como para agarrarlo con la mano. Igual que el árbol de la vida que contiene el Ser y el devenir, lo oculto y lo visible. Nunca una sola cosa.

El mes de Iyyar se caracteriza por tres acontecimientos importantes: la llegada del maná, la fuente de Miriam y la guerra con Amalek.

Se considera la fuente de Miriam como la expresión de la *sefirá jokmá*, la región donde Dios, en su intención de crear este mundo por amor, le ofrece el espacio, retirándose a un punto cero dimensional, es decir, a la “*nada*”. Pero esa *nada* es una concentración de “*todo*”. En Su intención de darle espacio al mundo surge la *jokmá*, la más alta potencia de todo aquello que puede entenderse como *amor*.

Jokmá, muchas veces traducido como sabiduría, contiene mucho más de lo que jamás podamos imaginarnos bajo la denominación de sabiduría. De esa *jokmá* surge toda la creación que se condensa hasta en su último, pesado detalle.

Las palabras hebreas “sacar agua” y “fuente” tienen las mismas letras. La fuente que llega a Miriam es para toda la creación y está ya allí donde Dios piensa, ama, sueña el mundo, antes de haberse densificado y convertido en este mundo de aquí.

La guerra con Amalek está bajo la *sefirá guevurá*, la fuerza para la condensación de la idea y su conversión en materia. De lo que se trata es de si esta condensación se hace por el esfuerzo propio –*amal*, trabajo, esfuerzo, afán– o si de lo contrario, se hace como en el caso de Dios por amor, por entrega, para dejar lugar a aquel que está enfrente.

Ese es el sentido de la guerra con Amalek. ¿Surge el mundo por el esfuerzo o del amor de Dios? Lo mismo vale para nosotros ¿hacemos, producimos nosotros, o es nuestra fe en Dios, nuestro amor, el que condiciona nuestra obra?

Cuando Moisés levanta sus manos, es decir, cuando ve que todo acto viene de Dios, *Yeh'shúa* vence sobre Amalek; cuando deja caer sus manos, creyendo que sus actos dependen de sus esfuerzos, vence Amalek. *Guevurá*, la fuerza, viene de Dios, es el lado femenino de *jokmá*. Es la fuerza que, por amor, se pone frente al amor de Dios.

El maná finamente, muestra cómo el alimento, respecto a todo, viene de Dios. Todo encuentro, toda experiencia lo propicia el cielo. Pero el ser humano es libre para verlo así o no. Si ama se dará cuenta de que todo viene de la eternidad. Si no es capaz de amar, creará que es la consecuencia de sus actos, de sus esfuerzos.

Hemos visto que los tres grandes acontecimientos están bajo la seña de la dualidad. En el caso del maná, la tradición cita a Deut. 8,3: *para hacerte saber que el hombre no vive solo de pan, mas de todo lo que sale de la boca del Señor vivirá el hombre.*

La boca de Dios habla y el mundo es. Y el ser humano, independientemente de cuantos esfuerzos haga, recibe exactamente su parte del cielo. ¿Pero cómo lo siente? ¿Piensa que el toro es algo solamente de aquí, o sabe que tiene su lado decisivo anterior a la creación? Si lo ve solo aquí, pone su vida y la vida del mundo en peligro. Porque él, el ser humano, debe dominar al toro. Justamente, porque está de los dos lados.